

SERMON

DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.

Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri.

Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú el honor de nuestro pueblo.

(Judith, XV-10.)

Que no se ufane orgulloso el Rey de los Asirios, porque ha vencido al de los Medos, destrozando sus aguerridas huestes en las llanuras de Ragau; que no sueñe, en su consecuencia, con el dominio universal del mundo; que no se irrite, porque sus embajadores hayan sido desgraciados en Cilicia, y en Damasco, y en las alturas del Líbano, del Carmelo y de Cedrón, y en los llanos de Esdrelón, en Galilea, como en Samaría, en Jerusalén, como en Jessé, del otro lado del Jordán, en fin, como en los límites de Etiopía: un pueblo pequeño, una sola ciudad, una mujer, para concluir, ha de postrar, en último término, toda su soberbia.

Temblará la tierra, y quedará silenciosa y sumisa, cual ante el Grande Alejandro, ante las victorias de Nabuco, cuyo ejército, á las órdenes de Holofernes, la cubrirá toda, como una invasión de langosta, para usar la frase literal de la Santa Escritura: atravesará todas esas regiones que le insultaron, porque desconocían su fuerza, y vendrá, Atila del mundo anterior á la Cruz, entre sangre y fuego, sembrando la desolación

y el espanto por todas ellas, para situarse frente al pueblo de los hijos de Israel, que, aunque aterrados también, serán menos aduladores y bajos que los pueblos idólatras: que la noble entereza y el verdadero valor residen siempre en los pueblos que adoran al único Dios obrador de maravillas y protector, en toda ocasión, de los que le temen y en Él esperan.

No se postrarán, pues, inútilmente ante el vencedor caudillo asirio: menos saldrán á recibirle con antorchas y coronas, y con tímpanos y flautas, para evitar, mitigando su furor, estragos que al fin ven tristemente realizados, ni harán en su presencia mentidas protestas de esclavitud y de sumisión; nada de eso: se postrarán ante Dios, y prepararán sus armas para el combate; porque no ignoran que la victoria viene de lo alto, y que es indiferente y exactamente igual para el Señor de los ejércitos, engalanar con ella á los muchos, que á los pocos.

Y al ver esa actitud noble y decidida de aquel puñado de gentes, el mismo Holofernes llamará á los capitanes de Moab y de Ammón, sus confederados, para preguntarles, encendido en ira, quién es aquel pueblo, cuántas y de qué resistencia sus ciudades, cuál el número de sus combatientes, su esfuerzo y su caudillo: y al escuchar de los labios de Achior, general en jefe de los ammonitas, la historia detallada de la procedencia del pueblo de Dios, de sus desastres y de sus victorias, y la única razón de unos y de otras, en la iniquidad ó en la justicia de ese mismo pueblo. Holofernes, enfurecido, le entregará al pueblo hebreo para que perezca con él dentro de los muros de Bethulia, primera población que trata de resistir el poderoso empuje de sus vencedoras huestes.

Y estrechada Bethulia como en un círculo de hierro; y privada de sus aguas, y desfallecidos sus defensores, tratarán los ancianos de entregar la ciudad ante los clamores del pueblo; pero la viuda de Manassés, Judith, más esforzada que los guerreros, logrará de ellos una tregua de cinco días; y saldrá, y dará muerte al incircunciso, y salvará á la plaza sitiada.

Me estáis comprendiendo sin duda desde el principio, mis hermanos: el antiguo y eterno enemigo de la raza humana, ha recorrido generaciones enteras, desde el instante fatal de la caída de nuestros progenitores primeros, subyugándolas todas bajo el cetro de hierro del pecado original: pero ha llegado ante Bethulia, y allí ha encontrado una ciudad bien murada, y en su seno una Mujer invencible: la humanidad está salvada por María, nueva Judith que vence al Holofernes del abismo, sirviéndose de sus propias armas, en el Misterio de su Concepción Inmaculada: por eso la humanidad, que confía en esta Mujer de tan singular privilegio, la aclama hasta el fin de los siglos con las mismas frases que los bethulienses á su hermosa viuda: *Tú eres la gloria de Jerusalén*, dice la Iglesia, representada en esa ciudad misteriosa: *Tú eres la alegría de Israel*, dice la sociedad, el mundo católico, pueblo predilecto del Altísimo: *Tú eres la honra de nuestro pueblo*, dice por fin la nación española, predilecta y entusiasta de María, concebida sin pecado.

Y ved aquí expuesto, en triple división, el panegírico de la Inmaculada en estos momentos: *gloria de la Iglesia, alegría del mundo católico, honra del pueblo español*.

Virgen purísima: hijo de la noble España soy católico y sacerdote, aunque indigno, de ese Dios que os crió sin mancha, y de ese pueblo que os proclamó siempre sin mancha: conceded, pues, al sacerdote, al católico, al español, palabras de pureza y de fuego para proclamar vuestra primera y más preciada gloria: favor, Inmaculada Señora, que os pedimos, saludándoos bendita con el Ángel.

AVE MARÍA.

Cuando afirmo que el Misterio de la Concepción Inmaculada de María constituye la alegría de la Iglesia, no quiero decir precisamente que esa gloria consiste en la protección constante de María á la depositaria de la verdad revelada,

y continuadora de la misión divina y admirable de Jesucristo sobre la tierra hasta la consumación de los siglos; ni tampoco en que la Iglesia católica, definiendo por fin y proclamando á María Inmaculada en los presentes azarosos tiempos, ha sabido colocar el último florón y el más preciado broche en la diadema de la Virgen Madre de Dios, asegurando así agradecida esa misma protección hasta el fin, no; voy á considerar esta gloria bajo una forma y respecto íntimamente enlazado con su constitución divina, y como una prueba más de lo que es, vale y significa la Iglesia en sus actos y en su conducta toda, hoy que todos tratan de erigirse en mentores de esta Madre y Maestra de la verdad.

Cansados estamos, con efecto, hermanos míos, de escuchar á todas horas, y en todos los tonos, que la Iglesia es enemiga declarada de la discusión, y por lo tanto, que esclaviza el pensamiento y esteriliza y anula, en cuanto le es posible, los nobles esfuerzos de la ciencia: que impone ciegamente creencias no discutidas, ni suficientemente probadas; que crea y amontona nuevos dogmas, en su afán incesante de dominar las conciencias, con otra porción de afirmaciones gratuitas, por no decir de calumnias insolentes.

Pues bien, mis hermanos, el dogma de la Concepción Inmaculada de María, su definición precisa, y oportunísima por todo extremo en nuestros actuales días, prueba con invencible y lógica esplendidez cabalmente todo lo contrario: no ha existido acaso, bien lo sabéis vosotros como yo, verdad más libremente discutida, más tiempo expuesta en la ardiente arena de la controversia, definición más pedida y ansiosamente esperada: la Iglesia, que en sus inmortales asambleas conciliares, verdaderos centros de discusión, de saber, de polémica y de enseñanza, mejor que otros de nuestros ponderados sabios, ha sabido, según la frase del Libro de los Hechos Apostólicos, buscar con delicada diligencia y con exquisito acierto la verdad, antes de proponerla á los fieles como creencia obligatoria, en todos los tiempos: la Iglesia, que no ha creado nunca,

ni creará jamás nuevos dogmas, porque sabe muy bien que el Evangelio y la letra revelada son eternos, y que en frase del Apóstol de las Gentes, no debe creer en este punto ni la revelación angélica, y en palabra del Profeta de Patmos que existe, procedente de los labios augustos é infalibles de Dios, una maldición espantosa y perdurable para el que aumente ó disminuya un solo ápice, una sola letra á ese divino tesoro, y que en su calidad veneranda de juez y de intérprete autorizado del mismo, sólo declara, al definir esos dogmas, según las necesidades y los errores sucesivos de los siglos, que la doctrina que propone se halla contenida en la Santa Escritura ó en la Tradición, representada en los SS. PP.; esa misma Iglesia dejó como abandonada, al parecer (permitidme la palabra) enfrente de las escuelas modernas, la doctrina de la pureza virginal de María á las ardientes luchas del escolasticismo: y si aun entonces se limitaba á protegerla; si más tarde, ante los excesos y las imprudencias de esas mismas escuelas, daba un paso más para imponer silencio, era porque, aparte de sentirse herida en la parte más sensible de su vitalidad y de su amor, escuchaba y recogía con ferviente anhelo las protestas, y los clamores, y las lágrimas, y los ruegos de sus fieles hijos, escandalizados sin duda ante tales y tan rudas, como poco piadosas contiendas: era, en fin, porque el sentido íntimo de la humanidad católica, porque la inteligencia y el corazón del pueblo fiel se sublevaban santamente en favor de la idea de una Virgen concebida sin mancha: era, porque el sufragio universal, como hoy se dice, se pronunciaba en favor de María Inmaculada.

Y aun ante la majestad verdadera y augusta de ese sufragio universal, en toda la extensión de la frase, la Iglesia, que no se deja imponer por sus hijos, aunque fieles: la Iglesia, que proclama y sostiene muy alto, y sobre todo y en todos los terrenos, el principio de autoridad, tan necesario para sostener sus definitivas decisiones, y confirmar cada vez más y mejor el sello de infalibilidad que la caracteriza y adorna, y com-

pleta, y sostiene para siempre todos sus actos, retarda la última y solemne palabra sobre ese anhelado dogma, para probar la fidelidad, la obediencia y el amor de sus hijos, y para mostrar á los que alardean serlo de la discusión, de la ciencia y de la luz, que los hijos de ella, según la advertencia evangélica, no son menos prudentes que los hijos de este siglo, en sus creencias, en sus juicios, en sus determinaciones y en sus actos.

Por eso, á la vez que este misterio constituye la más preciada gloria de Jerusalén, ó sea de la Iglesia en este siglo, constituye también la alegría del pueblo de Israel, del único y mejor pueblo de las promesas y de las esperanzas, la alegría, en fin, del mundo católico.

Lanzad, mis hermanos, una rápida mirada, siquiera, de Oriente á Occidente, como de Septentrión á Mediodía: en el Oriente, cuna de la luz espiritual como de la material del universo, encontraréis, con la noticia de la definición del dogma de la Concepción Inmaculada, realizadas las alegrías que tuvieron comienzo en el siglo VII en los vestigios de esta festividad, celebrada particularmente en aquellas Iglesias: Francia é Inglaterra, la Bretaña y Normandía saltarán de regocijo al recordar sus glorias del siglo XII, coronadas entonces con los inolvidables certámenes académicos en loor de la Virgen sin mancha, que merecieron á Ruan y á toda su comarca el dictado de *Tierra de la Sapiencia*; Italia, el hermoso país de *las Madonas*, recordará los dulcísimos é inspirados acentos del Petrarca, Dante, Tasso, Manzoni y Silvio Pellico: las inmortales creaciones de Miguel Angel, de Rafael, de Leonardo de Vinci, de Giotto, de *El Correggio* y de Poussino: las armonías de Guido de Arezzo y de Bellini; y hasta las nebulosas regiones del Norte, cuna fatal de la malhadada Reforma, donde parece sobreponerse la inteligencia al corazón, la discusión fría, y la duda helada, al entusiasmo de los pueblos de la raza latina, calentados al sol de Roma y sus mártires, notaréis esa explosión de alegría inefable y de regocijo santo, porque Alemania no puede menos, al oír hablar de la definición dogmática de

María sin pecado, de recordar á sus artistas y á sus genios: á Mozart, á Bethoven, á Gounod, en su inmortal *Ave María*; es porque, como he dicho antes, y no me cansaré de repetirlo, la definición del dogma de la Inmaculada ha sido la piedra de toque en que se ha probado, por todos conceptos, la fe y la obediencia, y el amor de los hijos de la Iglesia católica: los que la esperaron obedientes, acreditaron su filiación verdadera: los que aún osaron contradecirla, siquiera en su oportunidad y conveniencia, acreditaron su rebeldía.

¿Y España? Pero España, hermanos míos, merece en esta cuestión, como en todas las que se relacionan con la Madre de Dios, capítulo aparte: por eso la he reservado, bien de propósito, el tercero y último miembro de la división que tengo hecha de este pobre discurso; porque la Inmaculada y su definición, no solamente fué su alegría, como la de todo el universo católico, sino una alegría especial, porque la creencia era muy suya, desde los antiguos tiempos: porque desde su cuna, la *Inmaculada* formaba la honra de este gran pueblo.

Mirad fijamente, mis hermanos, á esta gran nación, digna de mejor suerte, y que no puede, aunque quisiera, separar su honor y sus glorias de esa creencia que siempre alimentó en su seno: abrid su rito gótico, ó de los siete obispos apostólicos, y hallaréis en él, oficio y Misa de la Inmaculada: acercaos á la Silla Primada de Toledo, y contemplaréis á Ildefonso instituyendo su festividad en el día mismo que hoy la celebra la universal Iglesia, al inmortal Cisneros su cofradía, y á Doña Beatriz de Silva, noble toledana, su Orden esclarecida: pasad á Segovia, y encontraréis en sus archivos inestimables testimonios de la tradición del *divino San Hieroteo*, acerca de esta dulce y piadosa creencia: llegad á las orillas del Tormes, á las soledades celebradas por Fr. Luis de León, y veréis en Salamanca vestigios de esa festividad en épocas bien remotas: salid de las Castellás, atravesad la bella y fértil Andalucía, y hallaréis las tradicionales danzas de los *seises*, y los pendones *sin pecado*, tremolados en Sevilla delante de las Concepciones

de Murillo y de Sebastián Gómez el Mulato, su liberto y querido discípulo: penetrad en los jardines de la vega de Valencia, atravesad á las Baleares, y las venerandas sombras del Rey D. Martín y de D. Jaime I, os mostrarán el reino consagrado á la Inmaculada Concepción de María.

Escuchad después, por un instante, os lo ruego, el clamor español en favor de la definición del dogma de la pureza: Ojeda, Nieremberg, Velázquez, Baronio, Mora, y sobre todo, el erudito Juan de Mabillón, os dirán que España fué la primera entre todas las naciones católicas, que proclamó con insistencia, y á la faz del orbe entero, la Concepción Inmaculada de María, su Patrona: que envió sus cartas y sus hombres á los Concilios, y á los pies del augusto trono de los sucesores de San Pedro, suplicando, por conducto de sus piadosos monarcas, la definición dogmática de su hermosa y antiquísima creencia: que tuvo en Basilea á *Juan el Segoviense*, como á el Cardenal Pacheco, Laynez y Salmerón, en Trento; que cuando la Silla Apostólica imponía silencio, obedecía sumisa, pero amaba, callada, á la que su Apóstol Santiago mencionó Virgen en la confección del Credo, y cuyo retrato, entregado por su misma mano, le dejó para recuerdo inmortal en el Pilar de Zaragoza: que cuando Juan de Monzón, atrevido, la impugnaba, dió la voz de alerta en seguida, como centinela avanzado de María, en el seno del Catolicismo: que aplaudió, delirante en entusiasmo, la condenación de esa doctrina por el Prelado y claustro universitario de París: que apresuró la definición con sus instancias, y que se ha gloriado siempre de no poder concebir á María víctima de la culpa primera.

Ella ha puesto además siempre su honra en María sin manilla: ¿condecoran sus Reyes á los más distinguidos entre sus gobernados? para ello se crea la Real y distinguida Orden de Carlos III, con las insignias de María sin pecado: ¿domina España en dos mundos, en más afortunados tiempos? levanta estatuas á la Concepción en las plazas de Cremona y del Perú, y eleva suntuosas catedrales bajo esta advocación en Mérida,

Maracaybo y la Habana: ¿necesitaba un mundo nuevo para María? se lo conquista, y María Inmaculada es declarada Patrona de España y de sus Indias: ¿surcaba los mares su escuadra poderosa, émula de los laureles de sus renombrados tercios en tierra firme? aún, en los restos de su poder invencible de otras épocas, conserva uno de nuestros buques de guerra el mote glorioso de *La Concepción*, que nos recuerda el primero en que dió la vuelta al mundo el celebrado Sebastián Elcano: ¿nacieron en su seno muchos hombres, como canta el Salmista del pueblo de Dios? se los entregó á María sin mancha, para que extendieran, á costa de toda su sangre, la dominación española y el imperio de la Inmaculada: ¿crecieron en ella sabios y Santos? todos ellos juraron defender esa original pureza en las aulas de Salamanca y Alcalá, cantaron su pureza en los coros del claustro, la dedicaron sus más preciadas obras: Isidro Labrador, María Ana de Jesús, Juan de la Cruz, Teresa, y mil Santos más: Herrera, Quintana, Lope, Calderón, Ercilla, el dulcísimo Garcilaso, el manco Cervantes, héroe de Lepanto y de Las Terceras, y centenares de artistas y de poetas; y los Luises de Granada y de León, y los Suárez y los Vives, y los Maldonados, y los Abulenses, y los Fajardos, y toda esa inmensa pléyade de sabios, en todos los ramos de la ciencia, han respetado, como suya, la gloria de la Inmaculada, y vindicado su honra, como propia honra; y enaltecido su honor, como el honor de nuestro pueblo, tan respetado como querido en más felices épocas: que si hay algún español, si pudiera haberlo, que no constituyera en María concebida sin mancha su gloria, y su alegría, y su honor, que es la gloria, la alegría y el honor especial y privilegiado de esta patria querida, como es, en general, la gloria de la Iglesia y la alegría del mundo católico, ese hombre, repito, no sería español, aunque hubiera nacido bajo el cielo purísimo, azul como el manto de la Inmaculada, que cubre á la Península española; porque le faltaría ese lazo en el corazón, porque no le rodearía esa túnica inconsútil, como la de Cristo, que jamás se hará pedazos, entre españoles.

Virgen Purísima, yo voy á concluir, asumiendo la voz de la patria toda, que con el poeta sevillano Fernando de Gabriel, y semejante al Arcángel que os saludó en Nazaret la vez primera, os canta aún, bajo las suntuosas bóvedas de la basílica de las orillas del Betis:

Todo el mundo en general,
A voces, Reina escogida,
Diga que sois concebida
Sin pecado original;

así lo quiere la Iglesia, de que sois gloria; el mundo católico, de que sois alegría; y sobre todo España, de que sois honra. España, que llevó la noticia anticipada de ese Misterio, como la estrella profética la del nacimiento del Salvador, á las más remotas islas, cuando dominaba en dos mundos, y cuando el sol no se ponía en sus dominios: miradla, querida Inmaculada nuestra; de todo ese recuerdo del pasado, no le queda más que una gloria, y una alegría, y una honra: Vos; pero con Vos le basta y le sobra, para recobrar, bajo vuestra protección, ese pasado, para adquirir un honroso presente, para esperar un envidiable porvenir: sin olvidar, pues, á la Iglesia y al mundo católico, tended una mano de poder y de amor á esta tierra privilegiada vuestra, á esta porción predilecta del rebaño de Jesucristo, para que España Católica y Concepcionista, como en lo antiguo, permanezca en su fe y en su amor á *su gloria, á su alegría y á su honra*, y logre asiento predilecto entre las tribus de Israel, en el Cielo.

PLAN DE UN SERMÓN DE LA CONCEPCIÓN INMACULADA DE MARÍA.

Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri.

Tú gloria de Jerusalem, tú alegría de Israel, tú honra de nuestro pueblo.

(Judith, cap. XV., v. 10.)

Hecho de Bethulia, expuesto y comentado.—Aplicación á María en su aclamación de Inmaculada por el universo católico.—La Concepción Inmaculada de María *gloria de la Iglesia, alegría del mundo, honra del pueblo español.*

1.^a parte. Discusión.—La Iglesia no la rechaza.—La definición de este dogma prueba suprema de esta verdad.—Conducta de la Iglesia en esta cuestión.—El escolasticismo; preparación; prudencia; resiste las mismas gestiones de la Iglesia española.—Historia de sucesos relativos á todo esto.—Alegría de España cuando la Santa Sede imponía silencio en las cuestiones sobre este asunto.—Cuando condenaba á los que sostenían, etc.—Luego la definición, forma, en todo y por todo, la corona de la Iglesia Católica.

2.^a parte. Alegría del mundo católico.—Pueblo, promesas y esperanzas.—*Hæreditas mea Israel, etc.* (Isaias) *hæc est hæreditas servorum Dei.*—Siglo 7.^o—Vestigios, festividad.—Siglo 12.^o—Francia é Inglaterra.—Normandía.—Ruan.—Tierra de la Sapiencia.—Guissas, Montmorencis, Gonzagas, Bearvilles.—Caén.—Abelly.—Boudón.—Italia.—El Petrarca.—Dante.—El Tasso.—Silvio Pellico.—Manzoni.—Sus templos.—Sus bellas artes.—Vinci, Giotto, Correggio, Poussino.—Miguel Angel.—Bellini.—Alemania.—Mozart.—Bethoven.—Gounod.—Nuevo Mundo.—España.—Llevó allí á María.

3.^a parte. El pueblo.—El populacho.—El país.—Pueblo genuino español, concepcionista.—Lazo y corazón.—Ciencia.—Universidades.—Comunidades religiosas.—Bellas artes.—Su sangre.—Sus soldados.—Establecimientos.—Catedrales de España y sus dominios, dedicadas á María sin mancha.—Costumbres.—El saludo.—Ya lo tenía creído y definido en su corazón.—Aplaudes.—Todo el mundo, en general, á voces, Reina escogida, diga que sois concebida sin pecado original.—*Tu gloria, etc.*—A Ella debió su pureza, probada su grandeza y poderío.—El porvenir es suyo, aun en este siglo de errores y de infortunios.—Exhortación y súplica.
